

COMENTARIO A LA PONENCIA DE LA SEÑORA MARIA FRAGUAS DE PABLO

por ABRAHAM SANTIBAÑEZ*

Por lo que entiendo, la idea de fondo que se destaca en el trabajo de María Fraguas de Pablo es lo que llamaríamos el "problema de la verdad", que no tiene nada de novedoso y que ya afectó visiblemente al propio Poncio Pilatos, según nos dice el Evangelio. Ya he tenido ocasión de plantearlo en otra reunión parecida, organizada también por el Instituto de Ciencia Política de esta Universidad: no podemos entender el trabajo de un periodista o de un comunicador social si no lo entendemos como un esfuerzo real, honesto y sin tregua por llegar a la verdad. Y ello exige, en primer lugar, un compromiso ético.

Esto es lo primero. Y aunque a mí personalmente me interesa subrayar esta responsabilidad en lo que se refiere al periodista o comunicador, hoy María Fraguas de Pablo nos ha recordado que hay otras responsabilidades. Desde luego, las que corresponden a la sociedad en su conjunto y también, muy específicamente, a los receptores, es decir, al público.

En este esquema, yo plantearía lo siguiente:

1. El periodista debe creer en la verdad. Si uno relativiza todo, si cree que "el mundo es y será una porquería", es difícil que pueda aceptar algún valor superior.

Pero, por lo menos de los dientes para afuera, aquí en Chile nadie ha planteado explícitamente su falta de fe en este punto. Lo dice el Colegio de Periodistas en su Carta de Ética:

—El periodismo y los periodistas deben estar al servicio de la verdad, de la justicia social, de los derechos humanos, de los ideales de perfeccionamiento de la sociedad y de la paz entre los pueblos.

Esto significa que estamos plenamente de acuerdo en que el trasmisor nunca puede ser un "desinformador". No por lo menos deliberadamente.

Hago la última precisión, porque la creo indispensable. Con frecuencia se nos pide a los periodistas que no nos equivoquemos. Creo que nadie puede exigirlo. Pero sí se nos debe pedir responsabilidad, acucia y, sobre todo, un deseo de servicio. Fallar en este aspecto puede ser causa de graves desinformaciones y, lo que es peor, de desinformación sin deliberación, que debe ser la categoría más baja, la que no tiene excusa posible.

2. Se ha hablado aquí de prensa y sociedad. O, mejor dicho, de sistema de comunicación y sociedad. Yo creo no discrepar en el fondo con la afirmación de María Fraguas de Pablo, pero quiero insistir en una afirmación que ya hice en otra reunión parecida: "los países tienen la prensa que se merecen", entendiendo esto como un proceso dinámico en que la prensa, al reflejar lo que ocurre en su entorno social, termina por influirlo poderosa-

* ABRAHAM SANTIBAÑEZ: Periodista. Profesor del Departamento de Ciencias y Técnicas de la Comunicación de la Universidad de Chile.

mente, a veces en forma decisiva. Es, no me cabe la menor duda, lo que ocurrió en Chile entre 1970 y 1973, cuando la polarización política nos arrastró a todos como en un monstruoso torbellino. La prensa, reflejo de la polarización, fue agravando esa situación hasta que llegamos a una situación de crisis insoluble, que fatalmente debía producir una intervención militar. Entiendo que no siempre ocurre así y por eso creo que el ejemplo europeo citado —los casos de la Alemania prehitleriana y la Italia prefascista— no puede medirse de la misma manera. Entre otras cosas, yo agregaría, porque entre la década del 20 y la década del 70 los *mass media* dieron un salto prodigioso que todavía continúa y que nos envuelve, especialmente por la magia de los medios audiovisuales.

Aquí está, ciertamente, la responsabilidad que compartimos en una situación tan dramática como la que vivimos en septiembre de 1973, lo que ocurrió previamente y lo que ha ocurrido después. Es por eso que uno, aunque acentúe la responsabilidad del “trasmisor”, también debe entender que hay una responsabilidad importante en el “receptor”, al que por lo menos le debemos pedir que no sea un elemento pasivo en esta ecuación, sino activo, capaz de exigir su derecho a la verdad.

Es hora, me parece, de enfocar el tema desde la perspectiva del entorno internacional.

En lo que nos ha planteado la expositora, muy resumidamente, como es inevitable en estos casos, creo entender que ella visualiza varios “escenarios”, palabra traicionera, pero inevitable.

Hay uno que es el primero desde el punto de vista cronológico: el de la postguerra o, mejor aún, el de la guerra fría. Es aquí, en la pugna entre Oriente y Occidente, donde surge, en definitiva, el concepto actual de “desinformación”. No es que antes no existiera el uso intencionado de la información falsa. La propia expositora nos ha recordado que es tan antiguo como el *Arte de la Guerra*, de Sun Tzu.

Algún truco criollo, durante nuestra guerra de la independencia, también tiene este mismo sabor de “pillería”, como lo hizo el guerrillero que llevaba unas pocas cabalgaduras arrastrando ramas para hacer creer al enemigo que avanzaban tropas numerosas.

Pero es evidente que sólo en los últimos años la desinformación alcanzó categoría de técnica bien definida. Lo ilustra, aparte de la preocupación expresada en la obra de María Fraguas de Pablo, el hecho de que el Kremlin tenga su propio Departamento de Desinformación (1) y, suprema confirmación, el que finalmente la Academia de la Lengua haya abierto su diccionario al término. La definición es clara y precisa.

Dice la Academia que “desinformar” es “dar información intencionalmente manipulada al servicio de ciertos fines”. Y que “desinformación” es “el acto de desinformar”.

En este punto, no me cabe la menor duda de que la mejor caracterización de la desinformación es la que hace María Fraguas de Pablo al resaltar su importancia en los años siguientes a 1945. Pero está claro que no se limita sólo a esta confrontación entre las superpotencias o entre Este y Oeste.

(1) El Departamento de Medidas Activas del KGB.

El segundo “escenario” —también planteado por ella— es el de la tensión entre el Norte y el Sur o entre el Tercer Mundo y Occidente. Sería una ingenuidad sostener que está al margen de la gran confrontación histórica entre el Este y el Oeste. Pero es distinta, tiene un acento nuevo y es algo más que un simple traslado geográfico.

Es un hecho que creo que no podemos dejar de lado de manera simple. Al contrario, debemos tratar de entenderlo y analizar su complejidad.

Está claro que de nuevo se nos plantean aquí los conceptos básicos: información y verdad.

Aunque ya no está de moda el debate sobre el Nuevo Orden Informativo Internacional, al modo que lo entendía la UNESCO, el diagnóstico sigue vigente. Y la incapacidad de encontrarle una solución sólo acentúa los problemas que allí se plantearon.

No todo, por cierto, es desinformación en el sentido de manipulación deliberada. Pero igualmente el resultado es grave y persistente. Cuando nuestra expositora lo toca, menciona algunos términos que no pueden dejar de preocuparnos, tal como a ella le preocupan: censura, autocensura, desequilibrio informativo.

En buenas cuentas, a estas alturas, lo único claro es que el problema tiene más complejidades que las que nunca imaginamos. Y sigue sin tener solución.

Tan amplio es el tema que parece difícil tratar de encauzar debidamente el debate: en cada afirmación, en cada punto aparte, en cada página a uno le surgen alternativas variadas. Ello obliga, me parece, a ir recapitulando constantemente.

¿Qué tenemos hasta ahora?

En lo específico del “entorno internacional” algunas afirmaciones de nuestra expositora que me he permitido sintetizar:

1. El arte de la guerra incluye desde siempre la desinformación.
2. Pero es el período que sigue a la Segunda Guerra Mundial donde se plantea claramente. Primero a la sombra del enfrentamiento Este-Oeste y posteriormente del conflicto emergente entre Occidente y el Tercer Mundo.
3. No lo ha dicho explícitamente María Fraguas de Pablo, pero evidentemente está en toda su exposición, la gran diferencia entre lo que planteaban Sun Tzu y Stalin, para hablar de la época más cruda de la agresividad soviética, está en el desarrollo de los medios de comunicación. Desde Stalin a Gorbachov, la Unión Soviética cambió mucho, pero el mundo de los *mass media* cambió aún más, en alas del satélite, el transistor, la miniaturización y los equipos digitales.

Este es, hoy día, nuestro escenario. Y en él, los periodistas —o comunicadores— pensamos, algo ingenuamente, que nos basta con responder ciertas preguntas básicas (qué, quién, cuándo, dónde, cómo, por qué) y ordenar los datos así obtenidos conforme al modelo clásico de la pirámide invertida para cumplir con nuestro deber profesional.

Mi planteamiento personal es que ello no basta. Y ello no es ninguna novedad, por cierto. En primer lugar, se trata de que los profesionales de la comunicación tengamos cada vez más claridad respecto de nuestra responsabilidad ética. Y, en segundo lugar, que entendamos en qué mundo nos estamos moviendo.

Es simplificar mucho las cosas creer que el conflicto político que envuelve al mundo entero es un conflicto tradicional. No lo es por muchas razones pero, sobre todo, por el ya citado desarrollo de los medios de comunicación. En la pequeña aldea de MacLuhan, cabe aplicar el dicho castellano: "Pueblo chico, infierno grande".

Pero también es simplificar las cosas en exceso si se sostiene que todo gira en torno a la lucha entre el Este y el Oeste. La guerra fría ya tuvo su momento culminante, y en los últimos 30 años han pasado demasiadas cosas en el mundo para que sigamos apegados a la retórica de Stalin y Foster Dulles. No digo yo que no exista un conflicto entre las superpotencias —si no, para qué se reúnen Reagan y Gorbachov—, sino que ese conflicto es más complejo que un simple alarde de fuerzas.

Esta tentación de simplificar en exceso es la negación, me parece, de la actitud básica de quienes nos reunimos aquí: académicos y comunicadores sociales. Unos y otros sabemos bien que ninguna situación puede definirse exclusivamente en términos absolutos, en negro y blanco.

Por eso, por ejemplo, cuando se dice que Chile (y yo preferiría precisar: el régimen chileno) es objeto de una campaña de desinformación sin parangón, a mí me parece necesario matizar un poco.

Un matiz es que no estamos solos. También sufren una parecida campaña —prolongada, sin tregua— países como Israel y Sudáfrica. Y no son los únicos. La verdad es que en la medida en que el conflicto de intereses se ha hecho global, todos los países forman parte del campo de batalla.

Otro punto clave es que si bien la principal fuente de desinformación es la Unión Soviética y sus aliados, no podemos olvidar algo que ya se mencionó aquí: todos los gobiernos, incluso los más democráticos conforme a las definiciones tradicionales, tienen interés en que la información esté a su servicio. Y esa es también una forma de manipulación.

Igualmente me parece importante subrayar que nunca las campañas de desinformación se crean de la nada. Generalmente parten de una hábil explotación de situaciones reales, que se exageran o deforman, pero que tienen una base, aunque mínima, de verdad. No lo digo yo, sino el checo exiliado Ladislav Bittman en su libro "El KGB y la desinformación soviética". Bittman, que cuenta sus propias acciones de desinformación en América Latina en la década del 60, dice al referirse a las campañas contra el armamentismo nuclear en Europa a comienzos de esta década:

—Sería un error calificar toda manifestación o declaración antimilitarista como parte de una campaña comunista bien orquestada. El miedo a la guerra nuclear se debe a una reacción real y espontánea, que afecta a millones de personas cuyas preferencias políticas están lejos del comunismo. Decir que esas personas se dejan engañar por los comunistas supondría una equivocación que podría tener consecuencias peligrosas. Pero considero igualmente peligroso dejar de lado todas las pruebas de la intervención soviética...

Creo que hay otros ejemplos más precisos y más cercanos que subrayan el punto: no siempre el KGB inventa. Más bien le basta con insistir, exagerar, no dejar olvidar...

Por eso debo volver a un punto en el cual seguiré insistiendo hasta el cansancio: la responsabilidad del periodista.

En el ámbito internacional es más difícil que en el plano noticioso nacional, pero es evidente que las mismas exigencias de rigor intelectual y sobre todo de compromiso ético con la verdad, deben hacerse en la información internacional. No debemos manipular. Pero también debemos estar alertas para no dejarnos manipular.